



Review

Reviewed Work(s):

Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericanos
by Mabel Moraña

Review by: Adriana Rodríguez Pérsico

Source: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 30, No. 60 (2004), pp. 401-405

Published by: Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/4531362>

Accessed: 17-06-2021 16:04 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

*Centro de Estudios Literarios "Antonio Cornejo Polar"- CELACP is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana**

a lo múltiple. Por ejemplo, en Sarmiento (1946) el ensayista argentino reflexionó sobre la génesis del fascismo como una forma violenta de imponer el control a una comunidad. Frente al hombre ilustrado que proponía Sarmiento, Martínez Estrada habló de un ser dividido. Por último, Muerte y transfiguración de Martín Fierro (1948), permitió a Martínez Estrada señalar sobre los límites lingüísticos al enfatizar que las lenguas presentan fisuras y dificultan la posibilidad de representación de la identidad.

El capítulo tres está dedicado al estudio de los textos e ideas de Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* (1950) y *El arco y la lira* (1956). En estos ensayos Paz se planteó preguntas sobre la definición de mexicanidad. Según Rosman, Paz, a diferencia de Samuel Ramos, trató de problematizar qué era el ser mexicano y para ello dio ejemplos que mostraban los problemas que surgían al trazar una identidad que a su vez, incluyera diferencias. Esto llevó a Paz a descubrir la singularidad de México sin esencializarlo para que permaneciera abierto a cambios. Rosman señala que Paz asoció la poesía con la búsqueda ya que la poesía, por su relación con la imaginación y los sueños, interrumpe el discurso unificador de la comunidad.

El último capítulo retoma la preocupación por los límites del lenguaje para postular un concepto de identidad que aparecía en el capítulo dedicado a los escritos de Martínez Estrada, ahora centrándose en el análisis de *El Aleph* (1941) de Jorge Luis Borges. La autora indica que Borges en *El Aleph* desterritorializó la ficción como forma de abrirse a lo universal en el episodio en el cual se destruye la casa donde se iba a fundar un nuevo mito nacional. La negación de la unidad de la lengua y la posibilidad de una representación —especialmente en el ejercicio de la traducción— aluden a las fisuras de las lenguas ya que restringen lo

que puede ser escrito y representado.

En conclusión, una contribución de esta obra es la atención a una variedad de textos que anteceden al boom y que poseen como elemento unificador el cuestionamiento al postulado de identidades monolíticas en distintos países de América latina, como respuesta a condiciones políticas surgidas a mediados del siglo veinte. Sin embargo y por aludir a un momento específico —las décadas de 1940 y 1950— haría falta una conceptualización histórica que guiara al lector en la comprensión del impacto del fascismo en México, Cuba y Argentina. La atención a la situación político-social permitiría destacar cómo los autores escogidos reaccionan, por ejemplo, en el caso de Paz, al populismo de Cárdenas, y Borges y Martínez Estrada, al de Perón. A su vez, posibilitaría hacer contrastes entre las limitaciones que Borges y Martínez Estrada señalan en referencia a la lengua como factor problemático para una representación de la identidad y la falta de tal cuestionamiento en Carpentier y Paz. Por último, hubiera sido interesante preguntarse la razón de tales diferencias.

Carolina Rocha

Universidad de Alberta, Canadá

Mabel Moraña. *Crítica impura. Estudios de literatura y cultura latinoamericanos*. Madrid y Frankfurt am Main, Iberoamericana, Vervuert, 2004, 326 pág.

En octubre de 1935, Pablo Neruda publica en *Caballo verde para la poesía* un elogio a la materia mientras proclama: “Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición, y actitudes vergonzosas, con arrugas, observaciones, sueños, vigiliias, profecía, declaraciones de amor y de odio, bestias, sacudidas, idilios, creencias políticas, negaciones, dudas, afirmaciones, impuestos”. Recomienda luego el cultivo de la melancolía y el sentimentalismo pues “quien huye

del mal gusto cae en el hielo”.

En cuestiones de poética, la impureza es el nombre de la vida y de la vocación política; es sinónimo del compromiso con el oficio de escribir. El mismo espíritu impregna *Crítica impura* de Mabel Moraña, cuyo título sintetiza la voluntad de un sujeto que se hace responsable de su palabra. La posición de escritura se revela, nítida, en una geografía que indica pertenencia. Estos son “estudios latinoamericanos”, que hablan de problemáticas comunes analizadas por una voz que se quiere transnacional.

Los ensayos recorren temas actuales, se inmiscuyen en la historia, la literatura y la cultura de estas tierras, revisan conceptos y debates, proponen políticas culturales, indican huecos y fallas teóricas, replantean la función del intelectual, tejen relaciones entre las disciplinas que configuran el ancho territorio de los estudios latinoamericanos, insisten en la vigencia del pensamiento crítico. Porque la autora no olvida sus inicios, indica un lugar de privilegio para la literatura: “Creo, entonces que la literatura tiene un sitio asegurado en los nuevos intercambios teóricos y en las metodologías que se están ensayando como recursos y procedimientos para leer la cultura. Y creo que ese lugar está directamente vinculado a la producción de sujetos y tramas intersubjetivas a través de las cuales toda sociedad o comunidad expresa sus reclamos, expectativas y frustraciones. El problema es cómo interrogaremos al texto literario desde un nuevo horizonte teórico, y cómo integraremos las respuestas que vayamos obteniendo en una epistemología quizá posestética pero sospecho no posideológica.” (194)

Uno de los propósitos explícitos del libro consiste en la impugnación de la dicotomía casi irreconciliable, que ha ganado espacio en estos últimos años, entre estudios literarios y estudios cultura-

les. En el desarrollo de su práctica crítica, la autora prueba, que, entre ambos no existe rivalidad o exclusión sino una fructífera complicidad. Si *Crítica impura* pone de relieve las fronteras como problema teórico insistiendo en su disolución —ya se trate de fronteras disciplinarias, divisiones entre objetos estéticos o extraestéticos, entre jerarquías culturales y sociales o entre metodologías analíticas— el primer límite borrado concierne a la separación entre estudios literarios y culturales. La cópula asevera, tautológicamente, su función.

Un catálogo de conceptos usados y revisitados arrojaría como resultado un abanico de las últimas tendencias de los debates críticos y teóricos. Anotemos: representación, diferencia e identidad, fronteras, transculturación, heterogeneidad, nomadismo, hibridación, flujos, subjetividades móviles, mediaciones, subalternidad, centros y márgenes, global y local, antagonismos y resistencias. Señalemos también los aciertos en el armado de los ensayos que los desarrollan porque, mientras desovillan finos análisis textuales, movilizan conceptos teóricos y abren a otras perspectivas críticas, discutiendo o dialogando con ellas. La escritura se mueve, entonces, entre el acuerdo, la corrección o el diferenciando tomando siempre posición. Lejos de toda ilusión de objetividad, Moraña opta por un tono que recuerda la prédica bautiniana cuando sostenía que cualquier palabra existe bajo tres aspectos: como palabra de la lengua, que no pertenece a nadie, como palabra ajena, llena de ecos, y como palabra de un sujeto que la asume y por lo tanto la impregna de expresividad.

La primera parte, “Pliegues del canon”, incluye una serie de trabajos que se articulan en torno al eje de la representación de identidades culturales y nacionales. Con agudo ojo literario, Moraña escoge textos que constituyen una pequeña historia literaria y cultural, desde la Colonia hasta el siglo XX. En ese largo período, los ensayos tratan los textos como monumentos, zonas de densifica-

ción de sentidos epocales, que se erigen en representantes de la experiencia histórica.

Los artículos que focalizan discursos coloniales expanden, en particular, la problemática de la construcción de identidades criollas así como las estrategias de resistencia a los proyectos metropolitanos. Moraña fecha en el período barroco la “etapa fundacional de la identidad criolla” (20) acercando comentarios que demuelen el discurso transculturador basado en dicotomías que aplacan los antagonismos. Para mantener la dimensión entera de la conflictividad, la crítica prefiere interpretar el concepto desde un punto de vista histórico: “la transculturación es, entonces, desde esta perspectiva, una experiencia intersticial, que problematiza y relativiza, en un mismo movimiento, las ‘agencias’ históricas que se interrelacionan en la combinatoria colonialista” (22). Los escritos de Fernando Ortiz, Mariano Pióñ Salas y Ángel Rama hacen sus aportes y despejan dudas.

Los ensayos dedicados a Antonio Cornejo Polar iluminan el resto al punto que podríamos decir que su teoría del conflicto preside cada enunciado. En otras palabras, es la matriz de las argumentaciones. Otras dos presencias: Chantal Mouffe y su insistencia en el retorno de lo político y el pensamiento gramsciano de Ernesto Laclau que concibe el funcionamiento de la sociedad en términos de antagonismos. El rechazo a cualquier tipo de superación dialéctica, la resistencia a la conciliación, el desprecio por la despolitización que sostiene cierta concepción del multiculturalismo: todos estos principios están en la base de *Crítica impura*.

La identidad criolla se define a partir de la diferencia –que se convierte, a veces, en sinónimo de anomalía–, una identidad fluida que emerge como “construcción intersticial, en el cruce de sistemas de representación estrechamente articulados a nociones étnicas y posiciones de poder” (55). El criollo es

un sujeto desterritorializado o desgarrado entre la búsqueda del lugar del padre, del centro y la marca del origen materno vinculado al desvío (la barbarie, el primitivismo, el exotismo o la monstruosidad). La identidad se escinde entre dos culturas y entre dos lenguas.

Los discursos de la emancipación aspiran, mediante operaciones retóricas y estrategias didácticas, a transformar al súbdito en ciudadano, es decir, a efectuar el pasaje del sujeto colonial al sujeto nacional. Para fines pedagógicos, los discursos elaboran formas de interpelación popular. Contra las lecturas que tornan excluyente la influencia ilustrada –posiciones que van de Ángel Rama a Benedict Anderson– Moraña relativiza el peso de dicho pensamiento subrayando las contradicciones y vacilaciones en textos como la “Carta de Jamaica” de Bolívar, donde se cuestiona la racionalidad occidental. La prosa evoca, en estos pasajes, el modelo crítico que emplearan Horkheimer y Adorno en la *Dialéctica del Iluminismo*.

También con instrumentos frecuentados por la Escuela de Frankfurt, el artículo dedicado a *Ariel* de José E. Rodó se dedica a explorar las zonas conflictivas en las que el ensayo impugna la razón instrumental e indica los caminos alternativos de la contemplación o la acción espiritual; registra y subraya los momentos en que *Ariel* alaba o pone en jaque a la modernidad. En la senda de Benjamin que aconsejaba barrer la historia a contrapelo, en una vuelta de tuerca que agrega otras interpretaciones a las que hiciera Fernández Retamar en *Calibán*, Moraña ve en las figuras de Próspero y Calibán las representaciones de dos figuras de intelectual: “Al margen de la compleja red de problemas que abre esta similitud entre la propia práctica shakesperiana y la colonización, creo que es posible pensar que el drama de *La Tempestad*, en su elaboración renacentista, moderna o postmoderna, nos enfrenta al poder de la letra y al gran tema de la violencia del alfabeto y la resistencia simbólica, que Greenblatt prefiere aludir como colonialismo lingüístico”. (101)

Un aporte interesante a la extensísima bibliografía de Borges: el ensayo sobre “El etnógrafo”, incluido en *Elogio de la sombra* (1969), sirve como pretexto para el debate latinoamericanista. A partir de la consideración de Borges como escritor de las orillas (Sarlo), Moraña explora los sentidos del ideograma convirtiéndolo en el lugar (o mejor, en el *entre-lugar*) propio del narrador y del etnógrafo, testigos de la diferencia y mediadores entre culturas. Las fronteras, más que líneas de separación, configuran zonas donde se comunican los saberes locales; dibujan espacios de contacto entre la experiencia, el conocimiento y el lenguaje. La anécdota y el personaje fomentan sutiles conclusiones: “Borges parece sugerir una desconfianza radical en la existencia de una gran narrativa y de una lengua –una epistemología– capaz de englobar a un tiempo la verdad del colonizador y del colonizado. Apuesta, entonces, a la representación de un vacío, ese ‘Tercer espacio’ del que ha hablado Bhabha”. (116)

Crítica impura abunda en trabajos que describen las apropiaciones y adaptaciones de determinadas teorías al campo cultural latinoamericano así como otros que trazan el estado de una cuestión. Ante el carácter complejo y la densidad teórica que exhibe cada trabajo, la brevedad resulta casi un acto de injusticia. Digamos, ante todo, que Walter Benjamin es una presencia rutilante. Un artículo detalla los hallazgos que el latinoamericanismo encuentra en la obra de Benjamin: lo cultural como forma de lo social, la búsqueda política, la impugnación a los ideologías del progresismo y del historicismo, el abandono de la verdad de una historia universal o la preferencia por historias discontinuas que contrastan con las grandes narrativas modernas. Ya en la segunda parte, “Debates literarios y culturales latinoamericanos”, el filósofo alemán guía las reflexiones sobre la historia (literaria), tema que implica repensar el lugar de las humanidades en el contexto de los

cambios ideológicos y disciplinarios producidos en las últimas décadas, revisar el papel del intelectual y sopesar los aportes del comparatismo y la interdisciplinariedad.

El discurso trenza solidaridades entre historia, crítica y teoría literarias, a medida que realiza un trayecto que va de los años 60, con su visión autónoma de la literatura, la pretensión cientificista que regía en las humanidades y el privilegio otorgado a la immanencia hasta las concepciones posmodernas en las que influyen la aparición de los nuevos movimientos sociales, las teorizaciones sobre género o raza y la entrada de otras historias que tienen por protagonistas a otros actores. El recorrido por diversos momentos del pensamiento crítico literario se prolonga en un trabajo que explora las articulaciones entre la crítica literaria y la globalización cultural a través de las transformaciones sociales y políticas, los cambios teóricos e ideológicos, la configuración de nuevas categorías y nuevas formas de pensar la subjetividad y de imaginar otros lugares para el intelectual. Esta epistemología, que la autora llama, con acierto, “fronteriza” implica la sustitución de nociones inherentes a la cultura burguesa por términos que forman una constelación, un universo conceptual diferente donde se inscriben, entre otros, hibridez, heterogeneidad, margen, frontera, multiculturalismo o transculturación.

“Estudios culturales, acción intelectual y recuperación de lo político” ilustra, un poco a la manera de resumen, la agenda intelectual que plantea el libro. A partir del hecho de la clausura del Departamento de Estudios Culturales de la Universidad de Birmingham, en 2002, Moraña hace un balance de los estudios culturales, recogiendo opiniones favorables y contrarias, tanto propias como ajenas. El saldo es positivo porque los intereses que sostienen y las preguntas que formulan las prácticas culturalistas involucran modos de recapturar lo político. A pesar de sus límites, “[el] rendimiento teórico [de la práctica culturalista] frente a problemas como los que presenta la globalización, su

propuesta ya no inter sino decididamente transdisciplinaria, su trabajo de erosión del proyecto ilustrado y modernizador, su crítica de las identidades entendidas ontológicamente como esencias ahistóricas y administradas a partir de las ideologías e instituciones dominantes, para citar sólo algunos de los planos a que se aboca el análisis cultural, resulta insoslayable” (204).

En el proceso, el intelectual cumple un rol fundamental. Si bien Moraña sugiere el abandono de la imagen de humanista y su reemplazo por la figura del mediador o del *advisor* —con la que quizás muchos no se identificarían— el intelectual persevera en la misión tradicional de interpelar al poder a la que agrega la función de exhortar a la sociedad civil. El tema ha sido y continúa siendo objeto de discusiones enfervorizadas porque nos involucra por entero. Recordemos, a modo de ejemplo, a Edward Said, en *The World, the Text and the Critic*, cuando declara que la identidad intelectual se traduce en una conciencia crítica tironeada por la cultura de filiación a la que el sujeto se liga por nacimiento, nacionalidad o profesión y por el sistema adquirido por convicción política, circunstancias históricas o voluntad individual. El entre-lugar del crítico se construye entre la cultura y el sistema, entre “the power of the dominant culture, one the one hand, and the impersonal system of disciplines and methods (*savoir*), on the other”.

Y porque tratamos de pasiones, *Crítica impura* apuesta a la literatura cuyo valor —insiste— no se encuentra en una pretendida verdad o en la densidad discursiva sino en la posibilidad de fomentar identificaciones. La enunciación no deja de tener el optimismo moderado que marca nuestro tiempo: “Creo que un salto no mayor que el que realizó la crítica literaria en su paso de la estilística a la socio-historia, el desafío de los nuevos tiempos exige una revalorización del discurso literario como *una* de las formas simbólicas y

representacionales que se interconectan en la trama social, sin llegar a adjudicarles por eso un privilegio epistemológico —ni a ésta ni a otras formas representacionales que serán a su vez, opacas, ideológicas, contradictorias, polivalentes”. (193)

Adriana Rodríguez Pérsico
Universidad de Buenos Aires
CONICET

Samuel P. Huntington: *Who are We? The Challenges to America's National Identity*. New York: Simon & Schuster, 2004.

Se puede calificar el que posiblemente será el último libro de Samuel P. Huntington (1927-) como un producto miserable, por partida doble, porque desprecia lo que ignora y porque explicita una serie de repudios desde posiciones de fuerza. *Who are We? The Challenges to America's National Identity* pone sobre la mesa los antagonismos y las miserias, los miedos —fingidos o no— y los desprecios, las intencionadas ignorancias de los más fuertes en lo que ya es un comienzo de siglo tormentoso. Es mi generación la que tendrá que lidiar con los intereses más o menos velados, pero también con contracciones y miedos, retraimientos y actitudes beligerantes dentro de señalados sectores intelectuales en los Estados Unidos, y también a pie de calle. Y ¿cómo abrir puertas al campo? Tal vez tenga uno que atrapar el unicornio de lo “hispano” por la cola de la Hispanofobia, o la historia que importa entre las grietas de la historia oficial de este país que compartimos con Huntington, o atisbar la rosa por las espinas, o recobrar lo saludable por lo patológico, el gusto por la disgusto, probar la mermelada con la crema de cacahuete, e imaginar golosina de la utopía en el mundo represivo-bélico hobbesiano que aquí se nos presenta. El presente libro de Huntington, profesor del Departamento de Gobierno en la Universidad de Harvard, y figura muy conocida por su anterior libro, *The Clash*